



recurrir á algo superior, que domina á la habilidad y obliga á la fortuna. El diverso destino de los dos países y el de las alternativas empresas del uno contra el otro, deben atribuirse en gran parte á sus respectivas situaciones.

Los sucesos que ocupan la vida de un pueblo, el espíritu que este adquiere, el carácter que toma, las costumbres que adopta, el movimiento en que se mantiene ó la inercia en que cae, la influencia externa que ejerce ó sufre, dependen mucho de su posición geográfica. Si así es, España y Francia, situadas aquella á la extremidad del continente europeo, y esta cerca del centro, lejana una de los otros pueblos, en continuas relaciones la otra con ellos, no debían asemejarse ni en su historia ni en su espíritu.

España es una península en el confin occidental de Europa. Una vasta cadena de montañas, con dos solas aberturas hacia Europa, la cierra por el lado que la une al continente. Solo por aquellas dos puertas y por las costas se encuentra España en relaciones con el resto del mundo; pero á mas de los Pirineos que la separan del continente, la surcan en lo interior otras cordilleras que corren tambien de Levante á Poniente, con una inclinación algo mayor hacia el Mediodía, las cuales dividen y separan sus varias regiones. Estas cadenas principales, de cuyos flancos, y semejantes á espuelas, se destacan muchas otras, que corren en opuestas direcciones, y á las cuales, así como á aquellas, se las llama *sierras*, forman sinuosas cuencas, en donde por entre escabrosas riberas corren las aguas del país. Trazan estas el curso del Ebro, del Duero, del Tajo, del Guadiana y del Guadalquivir, que siguen todos una dirección transversal para desembocar en el Océano, excepto el Ebro que desagua en el Mediterráneo. Semejante disposición del territorio cooperó á la división de los Estados.

Una posición continental tan aislada, una figura tan montuosa, favorecen poco las comunicaciones y el movimiento. Es dificultoso penetrar de Europa en España, porque cierran los Pirineos la entrada; mas no es fácil tampoco pasar de una provincia á otra, porque las cadenas interiores son un obstáculo para ello. Hay además muchas montañas con respecto á las llanuras, y muy poca agua con respecto á su extensión, porque los ríos, que son torrentes en invierno, se secan en verano. Forman, pues, los caracteres generales de España el aislamiento externo y el aislamiento interno, de modo que, para unirla al resto del mundo, fueron necesarias las invasiones, así como para unir las provincias fué necesaria la conquista. Situada como se hallaba demasiado separada, no podía ser el gran camino de los pueblos ni el centro de las grandes ideas; de aquí es que solo llegaron á ella aquellas ideas y aquellos pueblos que, impedidos por un impulso irresistible, seguían hasta aquella extremidad su carrera ó su acción. De este modo salió España del aislamiento y de la inacción á que este conduce.

Fuó invadida por los Cartagineses, que se establecieron en sus costas; por los Romanos que la ocuparon toda; por los pueblos germanos y por los Árabes, que moviéndose desde puntos opuestos, se derramaron con ímpetu por el Occidente y el Oriente del mundo antiguo, y en su camino pasaron unos de España á África, y de África á España otros. Los Cartagineses fundaron colonias en ella; los Romanos, vencida una resistencia que se prolongó mas que en otras partes, introdujeron su poderosa unidad y su civilización; los Germanos llevaron á ella un poco de su fuerza regeneradora; pero su moderna existencia la debe principalmente á los Árabes, quienes saliendo de su península para conquistar la tierra á sus creencias, movidos por la doble necesidad de ensancharse y convertir, ávidos de conquista, llenos del entusiasmo de la fe, poseyendo el orden que proviene del ejército, la obediencia que viene de Dios, salieron para ocupar

el mundo con el hierro en la mano y la confianza en su corazón, á las órdenes de un jefe que era á la vez general y pontífice. No se había visto nunca mas irresistible impulso bajo una unidad mas fuerte.

Por lo demas, eran tiempos aquellos de suma importancia. El mundo antiguo se reorganizaba bajo la idea de Dios: dos religiones destinadas á dividirse, formas diversas del mismo progreso, el Cristianismo y el islam, se difundían por todas partes. El celo de hacer prosélitos, que era un nuevo móvil, porque las antiguas creencias se habían mantenido con mucho cuidado en un estado de aislamiento, animaba á los Cristianos en Asia y Europa, y á los musulmanes en Asia y África. El espíritu de conquista pasó del orden material al orden moral: pero los Cristianos estaban reducidos al solo medio de la predicación, mientras que los Árabes, uniendo la fuerza á la creencia, se extendieron mas en ménos tiempo, y conquistando los principales Estados de Asia, ocuparon el África Septentrional, de donde continuando su marcha victoriosa se trasladaron á España á principios del siglo VIII.

Halláronla ocupada por los Godos que se habían apoderado de ella hacia doscientos cincuenta años, no conservando de Germanos mas que el nombre. No habiendo sido vigorizados, á causa de su lejana situación, por nuevas invasiones de hombres de su propia raza, se habían vuelto semejantes á los vencidos. La Providencia, haciendo coincidir el establecimiento del Cristianismo con la invasión de los Bárbaros, había tenido por objeto satisfacer dos necesidades del mundo, devolviéndole la creencia y la fuerza que había perdido. Pero en España semejante designio no se consiguió, porque los dos grandes elementos no se habían mezclado en las proporciones necesarias para que el Cristianismo civilizase á la fuerza, y la invasión fortificase el Cristianismo. Cesó la invasión después del siglo V; sus olas vivificadoras, detenidas en el dique de los Pirineos, no habían ido á inundar suficientes veces aquellas tierras estériles; así que los Godos, absorbidos muy pronto por los Cristianos, no sirvieron para defender la Península contra los Árabes, y la perdieron en una batalla.

Conquistada casi toda España, los Árabes invadieron la Francia y revolvián por su mente la conquista de toda Europa, para volver á Oriente por el camino de Constantinopla; pero Carlos Martel desvaneció su quimérico designio.

En la Galia los Bárbaros de Oriente chocaron con los Bárbaros del Setentrion, é hicieron con las armas la división entre sí del mundo civilizado. En los campos de Poitiers se decidió que Europa quedaria para las naciones germánicas. Rechazados á la Península Española, los Árabes fueron perseguidos por los Francos que les habían cerrado las Galias y detenido su marcha victoriosa. Los Carlovíngios descendieron hasta el Ebro y fundaron sobre la pendiente meridional de los Pirineos tres establecimientos cristianos, que contribuyeron mas tarde á recuperar la Península. Fundaron el condado de Barcelona, colocaron en Jaca las bases del reino de Aragón, en Pamplona las del de Navarra; pero la principal cuna de la España cristiana fueron los montes de Asturias, detras de los cuales se habían refugiado los indomables restos de los antiguos Godos, los cuales saliendo de aquellas montañas y avanzando lentamente del Setentrion al Mediodía, debían desposeer á los Árabes de las provincias conquistadas.

Antes de perder á España cambiaron los Árabes el aspecto de ella, introduciendo su civilización que, como su creencia religiosa, habían tomado prestada de otros pueblos. Habiendo entablado, por medio del comercio, relaciones con los Hebreos de Palestina, y con los Cristianos de Siria, habían creado el islam; puestos en comunicación por medio de la conquista con los Griegos, con los Indios y con los Chinos, crearon aquella civilización mixta que no era original

ni profunda, pero que no carecia de esplendor y de resultados, que unió los descubrimientos de tres civilizaciones aisladas y que restableció en la edad média el suspenso movimiento del espíritu humano. Tomaron de los Griegos la astronomía, la geometría, la mecánica, la física, la filosofía, la medicina y la arquitectura; de los Indios la aritmética y el álgebra; de los Chinos el papel, la brújula para navegar y la pólvora para combatir; de modo que Bagdad y Córdoba fueron los dos grandes centros de esta civilización intermedia.

En el siglo VIII los Árabes de España se separaron del resto del imperio, formando, bajo el mando de un individuo de la desposeída dinastía de los Omíidas el califato de Córdoba, independiente del de Bagdad, ocupado por los Abasidas. Durante el califato de Córdoba, desde 732 á 1044, el dominio árabe alcanzó su mayor grado de esplendor. Pero quien se para, retrocede. Así como el califato de Córdoba se había separado del de Bagdad, así las diversas partes de España se separaron del califato de Córdoba. Roto el lazo de la conquista, reapareció la potencia local, y la naturaleza dividió lo que la fuerza había unido por poco tiempo. El califato fué abolido en 1044 por los emires, que cambiaron en reinos sus provincias. Precedieron á estas divisiones territoriales cuarenta y tres años de devastaciones y anarquía, durante los cuales habían sido elevados y precipitados del trono catorce califas, mientras que en los doscientos años precedentes solo se cuentan nueve. Entonces surgieron los reinos de Córdoba, Toledo, Sevilla, Jaén, Granada, Valencia y Zaragoza.

Aprovechándose de ello los Cristianos para extenderse. Apénas los Árabes se habían establecido en la Península, cuando dieron principio aquellos á una lucha de ocho siglos, que formó su índole obstinada y aventurera, y durante la cual fueron quizá detenidos, pero avanzaron siempre.

Á fines del siglo X, los Árabes de la primera conquista no estuvieron ya en estado de resistirles, y la derrota de Calat Anazor señaló el fin del dominio árabe. Llamaron entonces á los Moros de África, que invadieron la Península en el siglo XI, bajo el nombre de Almorávides, y en el siglo XII bajo el de Almohades: dos sectas que reanimaron entre los musulmanes el espíritu de conquista y proselitismo. Fueron al principio vencedores aquellos en Zalaca (1086), estos en Alarcos (1193); pero reforzados los Cristianos con los Cruzados de Europa, así como los musulmanes lo fueron por sus sectarios de África, vencieron á los Almorávides y Almohades, como habían vencido á los Árabes. Las invasiones africanas no sirvieron mas que para dar mayor fuerza é ímpetu á la conquista cristiana. Después de la completa victoria de las Navas de Tolosa (1212), los Españoles ocuparon toda la Península hasta Granada.

Los Moros conservaron aun por mas de doscientos años aquel reino, al cual emigraron los musulmanes expulsados de las otras partes de España. Estaban, pues, defendidos por el número y la naturaleza del país, su último atrincheramiento. Añádase á esto que los Aragoneses se dirigieron contra Italia, y los Castellanos se dividieron. Raras veces provocaron los Moros las armas de sus enemigos; pero estos les quitaron el peñón de Gibraltar y la isla de Algeciras, puntos de desembarco por los cuales hubieran podido recibir nuevos socorros de África para invadir á España.

Unidos después, por medio del matrimonio de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla, los dos reinos que habían restablecido en la Península el dominio cristiano, volvió á empezar el movimiento de la conquista. El reino de Granada, último resto de la invasión árabe, sucumbió en 1492, concluyendo una lucha que duraba desde el año 717, y en la cual habían combatido dos religiones con hordas de sectarios y

tropas de Cruzados, habiendo puesto en juego ambos pueblos todas sus fuerzas, apoyándose uno en el África para conservar la Península, y en Europa el otro para conquistarla. Aquel de los dos que se hallaba en su propio continente, que tenía detras de sí á la masa mas fuerte, que estaba animado del espíritu europeo, mas poderoso que el asiático, y destinado, á pesar de su lentitud á adelantar siempre, venció al otro y le arrancó toda aquella Península, de la cual al principio no ocupaba mas que el confin setentrional.

La lentitud formó la solidez de aquella conquista. Durante los intervalos los Españoles se consolidaron en las posesiones conquistadas y habían tomado fuerza para seguir adelante. Llegados á la extremidad de la Península, aquel impulso interno que los había empujado no cesó, sino que los arrojó adelante, siguiéndose á la necesidad de reconquistar la de extenderse. Pero ¿cómo satisfacer esta necesidad? ¿en qué países, y á costa de quién?

Son los pueblos como las aguas: siguen la pendiente. Llegados los Aragoneses á orillas del Mediterráneo, tuvieron delante de sí á Italia, y pasaron á ella. Castellanos y Portugueses llegados por su marcha desde el Septentrion al Mediodía, á orillas del Océano, lo atravesaron, aquellos para descubrir la América, y estos para dar la vuelta al África y conquistar las Indias. Á aquellos vastos espacios fueron á extinguir su ardor y concluir su movimiento.

Pero llegaron tambien al Pirineo, en donde Fernando el Católico había conquistado el reino de Navarra á costa de una familia enlazada con la Francia (1512). Entonces á causa del contacto geográfico con esta potencia y por su desembarco en Italia, donde tambien la encontraron, los Españoles entraron en los negocios generales del continente. El movimiento de que estaban animados los arrojó fuera de la Península por todas las vías del Mediterráneo, por el Océano y por los Pirineos, y fueron á agotar rápidamente en Italia, en América, en las Indias, en Francia y en Germania las fuerzas acumuladas en muchos siglos. Además del impulso recibido por la lucha con los Árabes, un accidente de dinastía había contribuido tambien á esta dilatación de su poder, á la extensión de su acción en tantas direcciones y sobre tantos países. Las dinastías y las leyes de sucesión que organizaron su conservación ó su subrogación, están ordinariamente adaptadas á las necesidades de los diferentes países. La ley española difería de la francesa como el interés de España difería del de Francia. Llamaba á la corona á las mujeres que, casándose, la llevaban á otras casas. Tales matrimonios produjeron la unión de las varias partes de la Península, y le procuraron el apoyo del continente, elevando al trono príncipes extranjeros que al principio le llevaron consigo las fuerzas de Europa para hacerla triunfar en sus luchas religiosas y de raza, después sus ideas para sacarla de la inmovilidad en que debía volver á caer: así sucedió con la exaltación al trono de la dinastía navarra en el siglo XI, la borgoñona en el XII, la austriaca en el XVI, la de Capeto en el XVIII.

Francia, por el contrario, admitiendo á las mujeres á la corona, hubiera renunciando á su nacionalidad. Podía mantener su movimiento por medio de los continuos choques con el resto de Europa, y constituirse mediante su propia fuerza interna. De aquí es que se procuró medios particulares para perpetuar la dinastía, plantando reales vástagos en muchas provincias á medida que las iba conquistando, á fin de que, cuando fuese necesario, las ramas pudiesen sustituir al tronco. La ley de apanajes fué consecuencia de la ley sálica. El país mas notable por su unidad lo fué tambien por la duración de su dinastía.

Los Españoles habían unido definitivamente Castilla al reino de Leon en 1217, los reinos de Castilla y Aragón en 1479 por sucesión femenina, esto es: la primera por el matrimonio de Doña Berenguela con

Alfonso IX, y la segunda por el de Isabel de Castilla con Fernando de Aragón; pero de este último matrimonio no quedaba más que una hija: Juana la Loca.

No teniendo en la Península los medios de conservación que la dinastía de Capeto había empleado ó hallado en Francia, la dinastía española iba á extinguirse; quedábale solo el medio de renovarse sobre el continente; pero ¿á qué parte pidió esta vez un príncipe? ¿A Francia, quizá? No. La Francia era su vecina en los Pirineos, su rival en Italia; y de consiguiente su enemiga bajo ambos conceptos; lo que le indujo á acudir á una dinastía que fuese enemiga de su enemiga, esto es, al Austria.

Esta familia, que había ido de los Alpes Suizos á Alemania en busca de fortuna, había encontrado allí el trono imperial y hermosas posesiones en el valle del Danubio; después se había elevado y engrandecido con la fuerza y la astucia, con las victorias y los matrimonios. María de Borgoña, heredera de los Países Bajos, había buscado para sus Estados la protección de Maximiliano (1), príncipe de aquella casa, contra las usurpaciones de la Francia. Por el mismo temor y para robustecer la misma resistencia, se verificó el matrimonio de Juana, heredera del trono de España, con Felipe el Hermoso (1496), hijo de Maximiliano y de María. Á consecuencia de estos matrimonios sistemáticos, cuatro grandes casas se concentraron en un solo hombre; todos sus Estados se reunieron bajo un solo príncipe, Carlos V. Durante el mando de este, y en medio del mayor esplendor, empezó España á debilitarse. Carlos quiso aumentar un dominio ya demasiado vasto; tan cierto es que los deseos son insaciables y la acción ilimitada! tan fuera de duda está que la grandeza debe conducir á la ruina, como el exceso de vida á la muerte! Carlos V ocupó las costas de África, conquistó el Milanesado, y añadió la corona imperial á todas las que abrumaban ya su cabeza. Habiendo llegado á aquel punto, el poder español era demasiado considerable y estaba diseminado más de lo conveniente. Omitiendo hablar de la América, que tácitamente se iba cubriendo de colonias, ¿cómo conservar y defender tan grande unión de Estados que no eran vecinos ni semejantes, los unos situados en los confines orientales de la Alemania, como el Austria, los otros aislados en medio del continente, como los Países Bajos, y algunos objeto de reñidas contiendas, como el Milanesado y el reino de Nápoles? Trató de defenderlos dándoles más ensanche; pero para conseguirlo, necesitaba la obediencia absoluta de la España, que se había sublevado á instigación de los grandes vasallos ofendidos por la política de Fernando, y de las ciudades indignadas de verse sujetas á los Flamencos. Era preciso impedir todo lo que interiormente pudiera servir de obstáculo, para llevar á cabo aquella empresa exterior; esto es, convenia debilitar la Península, trasladando su población activa, á fin de hacer conquistas y gobernar; convenia, destruyendo su libertad, apagar el soplo que la había animado. Todas las clases que constituían la sociedad de la edad media, habían cooperado á la emancipación de la España; el clero con las órdenes de caballería militar, la nobleza con las armas, las ciudades con las milicias y el dinero. En cambio, habían poseído una especie de independencia soberana; cada clase tenía sus derechos; cada parte de España sus privilegios; los de Castilla diferían de los de Aragón; los de Aragón de los de Cataluña, Navarra y Provincias Vascongadas, que también se diferenciaban entre sí. La nueva dinastía austríaca se empeñó en combatir la libertad, que había mantenido el movimiento interior de la España, y facilitado su conquista.

Fernando el Católico había dado el ejemplo. Sin

(1) En 1477 se casó con el archiduque Maximiliano, según el voto de sus Estados.

suprimir las órdenes de caballeros de Calatrava, Alcántara, Montesa y Santiago, cuyo objeto primario cesó desde la expulsión de los Moros, les arrebató la independencia, haciéndose gran maestre de ellas. Sometió al clero, alcanzando del papa la facultad de nombrar á los arzobispos, obispos, prebendados y abades. Creó en el tribunal de la Inquisición el instrumento más terrible del poder absoluto. La necesidad de conseguir la unidad religiosa en un país que había profesado largo tiempo otras creencias, fué causa de que se instituyese este tribunal, dirigido contra los Judíos y los Moros; después, revestido de mayor autoridad contra los innovadores protestantes, hizo temblar á los enemigos de la corona y detuvo el movimiento del espíritu, separando á la Península de la marcha general de Europa. Mientras el continente progresaba, España permanecía inmóvil.

Fernando el Católico había sometido al clero, y Carlos V sometió las ciudades. La insurrección de los Comunes le sirvió para llevar á cabo sus designios. El cardenal Jiménez sembró la discordia entre las dos clases que habían tomado parte en aquel levantamiento: venció á los *Comuneros* en Villalar (1522), con ayuda de los nobles, que á su vez tuvieron que poner sus espadas á las órdenes de la corona. Subyugados los *Comuneros* y ligados los nobles, Carlos V despojó á Castilla de sus privilegios. La asamblea de las cortes donde se ventilaban las más importantes cuestiones de conquista, dinastía, legislación, compuesta de todas las órdenes del Estado, se vió reducida á los *procuradores* de las ciudades y á votar los cargos públicos.

Al reino de Aragón tocó en 1591 bajo el reinado de Felipe II, igual suerte que á Castilla bajo el de Carlos V. Habiéndose levantado contra las usurpaciones régias de la Inquisición en el proceso de Antonio Pérez, fué invadido y despojado de sus *fueros*. Cataluña y Navarra perdieron parte de sus franquicias en tiempo de Felipe IV. Las Provincias Vascongadas son las únicas que las han conservado hasta nuestros días.

Tampoco se tuvo mayor consideración con la nobleza, la cual quedó excluida del gobierno y de las cortes. Las principales familias, como los Guzmanes, los Mendozas, los Enriquez, los Pachecos, los Girones, etc., poseían inmensas riquezas, tribunales por el estilo de los feudales de la edad media, guardias, gran número de súbditos y una nobleza inferior á sus órdenes. Ningun caso se hizo de ellos, y los hijos de los conquistadores españoles, reducidos á no ser más que grandes propietarios, solo aspiraron al privilegio de cubrirse la cabeza ante el rey ó en su capilla. La nobleza inferior los abandonó, y según el proverbio de aquella época, pasó el mar, vistió la divisa ó se puso á sueldo del rey.

Así acabó la vida animada y la independencia universal de la edad media. Aquellas ciudades que constituían especies de repúblicas, aquellas corporaciones de caballería religiosa que eran pueblos con leyes particulares, aquella nobleza con derechos y grandeza soberana, aquellas asambleas nacionales adonde acudía todo el país á trabajar de consuno en la obra de su emancipación y formación, parecieron intempestivas cuando se necesitó pasar de la conquista de España á la administración de una parte del mundo. Pero esta revolución monárquica contribuyó á extinguir enteramente una actividad que la posesión de tantos Estados había disminuido ya demasiado, desparrajándola.

Los efectos se dejaron ver en el reinado del mismo Carlos V, el cual, á pesar de sus grandes talentos, no bastó para llevar á cabo una empresa tan complicada y tan vasta, atender á las necesidades de tantos países y resistir á tantos enemigos. Quiso comprimir la España, ocupar las costas de Berbería, resistir á los Turcos, conquistar y conservar la Italia, fundar colo-

nias en Méjico y en el Perú, combatir contra la Francia, contener á la Alemania, satisfacer á los Países Bajos; pero no le fué dado conseguir todo esto. No pudo llegar á ser rey absoluto en sus países hereditarios, emperador omnipotente en una confederación libre, oponerse como dique insuperable al espíritu reformador de su época, y triunfar en todas partes. Lo intentó durante treinta años.

Desde Flándes, la más central de sus posesiones, donde dictaba decretos para gobernar á las demas, tuvo que acudir sin tardanza á España, desde España á Italia, desde Italia á Francia, desde Francia á Alemania; presidiendo asambleas, arrebatando franquicias á los pueblos, dando batallas. Al principio todo le salía bien; los Castellanos insurrectos fueron derrotados en Villalar; los Flamencos rebeldes, en Gante; los Franceses en Italia; los Alemanes á orillas del Danubio y del Elba; pero era preciso estar siempre en movimiento y vencer constantemente; y aquella vida sin reposo, aquellas victorias sin fin le debilitaron y fatigaron. Sus cabellos encanecieron pronto; la melancolía, que le había comunicado su madre, y se había mantenido oculta en el fondo de su alma durante las distracciones y los triunfos, apareció y se apoderó de su ser, convirtiéndole en lento y tético. Aquel hombre, en otro tiempo tan activo, cuyos mandatos aguardaba una parte del mundo, no ponía ya su firma sino á la fuerza. Buscaba la soledad; se encerraba horas enteras en una habitación tendida de negro y alumbrada por siete antorchas (1); meditaba dejar el mundo en vida y deponer la carga que había heredado de sus abuelos, y que él había hecho aun más pesada. Era suficiente un revés para decidirle, y no tardó en verificarse. Habiendo sido sorprendido y obligado á huir en Inspruck (1531) por el elector Mauricio de Sajonia, que le atacó al frente de la Alemania protestante; vencido en los obisposados por el rey de Francia Enrique II, conocía que había llegado el momento de retirarse de la escena.

No podía ya administrar en lo interior ni triunfar en lo exterior; las rentas de sus reinos estaban empeñadas; la deuda pasaba de 30.000.000 de ducados (2). Sus enemigos coligados contaban con los recursos de la Francia y el entusiasmo de los Alemanes. Teniendo que destruir por sí mismo sus proyectos en 1552 con la transacción de Passau, que elevó nuevamente á los Alemanes, á quienes había humillado al principio, y que tolerar el engrandecimiento de la Francia, á la que había despojado, abdicó.

Su abdicación fué para España la señal de la retirada. Los Estados hereditarios de Austria y el imperio de Alemania habían sido separados de la monarquía española en tiempo de Carlos V, que los dejó á su hermano Fernando. Parecía que bastase con libertar á Felipe II de aquel peso; pero la decadencia de España no debía detenerse ya. Carlos V halló un obstáculo á su marcha en la Alemania; Felipe II tenía que encontrarlo en los Países Bajos.

Cuando sucedió á su padre, Felipe II se retiró á España, de donde no volvió á salir. Carlos V había sido verdadero soberano de todos sus dominios; había residido algún tiempo en cada uno de ellos y los había recorrido muchas veces. Participaba un poco de todos sus pueblos; era flamenco por razón del nacimiento, español por la gravedad, italiano por su sano juicio, alemán por su prudencia; podía gobernarlo todo,

(1) GALUZZI. *Storia del gran ducato di Toscana*, t. I, pág. 208. — LEOPOLDO RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa im Sechszehnten und Siebzehnten Jahrhundert*, t. I, p. 112 y 113.

(2) Tiepolo, embajador veneciano, en una relación manuscrita que dirigió á la señora de Venecia, dice aludiendo al principio del reinado de Felipe II. *Desea como el que más adquirir dinero, y con mucha razón, pues sus rentas están empeñadas por 35.000.000 en oro.*

porque lo veía todo por sus ojos y nada se escapaba á su penetración. No sucedía lo mismo á su hijo.

Felipe II, no contento con trasladarse al otro lado de los Pirineos, se encerró en el Escorial como en un monasterio. Extranjero para los Flamencos y los Italianos, llegó á ser invisible respecto de los mismos Españoles. De las cosas dirigidas con igual valor por su padre, la guerra y la política, se redujo á la última. Desde la batalla de San Quintín, donde se encontró á disgusto entre los silbos de las balas, no volvió á presentarse en ningún campamento, ni á combatir sino por medio de sus generales; gobernó por sí solo y con la pluma. No sucedía nada, ni aun lo más insignificante, sin que él lo supiese; leía todas las relaciones de su consejo, daba su fallo en todos los asuntos de sus ministros, anotaba todos los despachos de sus embajadores; pero lento, aunque infatigable, é irresoluto no obstante su tenacidad, no deliberaba bastante pronto, y los negocios no se despachaban. La monarquía iba debilitándose como el país.

Léjos de aprender en la abdicación de su padre, Felipe II se empeñó en ampliar más todavía los dominios españoles. La extinción de la dinastía portuguesa le indujo á ocupar á Portugal. Las divisiones religiosas de Europa le sugirieron la idea de apoderarse de la Inglaterra y de colocar á su hija en el trono de Francia. Uno de estos proyectos causó la destrucción de la marina española, que pereció en el desastre de la *armada* (1588); el otro arruinó la hacienda de España. Mientras procuraba realizar estos quiméricos designios, perdía los Países Bajos; pérdida ocasionada por los hábitos de conquista y por las opiniones exclusivas de los Españoles. El carácter de esta nación se había formado durante su larga lucha con los Árabes. Debiendo no solo reconquistar su invadido territorio, sino purgarlo de otra religión y triunfar de otra raza, se había hecho egoísta é inexorable, adquiriendo al propio tiempo una perseverancia correspondiente á la vasta empresa que había tenido que llevar á cabo. Su creencia religiosa se había amalgamado con su nacionalidad, destinándola á ser luego la representante más obstinada del sistema católico en Europa. Con los repetidos triunfos había contraído una fiera seogada y una nobleza natural; siendo los enemigos de su engrandecimiento tambien de su culto, no se había arreglado con ellos, considerándolos meramente pueblos vencidos, sino que los había expulsado como infieles. Los demas pueblos de Europa, en su marcha hacia la unidad, habían encontrado provincias separadas, no naciones diferentes, no otra soberanía, otra religión; pero el pueblo español había aprendido á vencer sin saber gobernar; á unir territorios sin poder asimilarse las poblaciones.

Este espíritu, que el hábito de la conquista había hecho independiente, obstinado lo largo de la lucha, activo la perseverancia de la victoria, implacable la índole especial de la resistencia, careciendo de moderación en la fuerza y de capacidad en el mando, dirigió al pueblo español así en Europa como en América. Se valió solo de la espada; rara vez descendió á estipulaciones; destruyó ó oprimió. En América, mientras que otros pueblos se fijaban allí en clase de colonos, él extendió su poder conquistando y aun exterminando. En los Países Bajos, en Sicilia, Nápoles y el Milanesado, no dominó sino mediante fortalezas y guarniciones.

No contento con la opresión material de aquellos países, quiso imponerles un yugo moral todavía más duro, y trasladó allí la Inquisición. Los Sicilianos la soportaron; pero expulsaron á los agentes españoles; los Napolitanos y Lombardos se rebelaron contra aquella formidable introducción, de suerte que Felipe II tuvo que renunciar á semejante idea. Á pesar de salirle mal su tentativa, trató de imponer á Flándes lo que Italia no había sobrellevado, y tambien los Flamencos se resistieron. Para reducirlos á la obediencia,